

cada cual corre á su puesto; centenares de brazos se levantan ó se extienden; rechinan las antenas, y de todos los puntos de la circunferencia avanzan con graciosa uniformidad las pintadas velas, ora adaptándose con perfecta regularidad y formando una bóveda de seda sembrada de estrellas, que templan suavemente la luz, ora rizándose por partes en términos de dar sombra á los espectadores y dejar la arena á cielo libre, bien protegiendo la arena para mayor facilidad en los juegos y en las luchas, y dejando al descubierto la inmensa cenefa elíptica donde se asientan los espectadores. Tito hará bordar de oro el velario de seda encarnada del Anfiteatro: los rayos del sol, penetrando por aquel tejido de púrpura, producen mágicos efectos de luz, reflejos caprichosos y fantásticos en los pilares y asientos de piedra gris, en los oscuros arcos de las puertas, en las columnas y en las estatuas, y en la superficie plateada ó rojiza de la arena.

Mientras que allá en la altura se preparan las maniobras del toldo, otras maniobras invisibles se realizan debajo de la arena: en antros y grutas, adonde comunican puertas y rejas bien disimuladas, están las fieras allí conducidas por caminos subterráneos, que todavía existen, desde el vivario del Esquilino: la obscura estrechez de aquellas jaulas irrita más y más á los leones y panteras del desierto: así, cuando llega la hora de que se abran las compuertas, saltan hácia la luz y aparecen en la arena con espantable rugido, como si surgieran del fondo de los abismos. Aquellos subterráneos tienen aún otro destino: en ciertos días de grande y especial fiesta sirven de acueductos y de estanques: la hidráulica sabe convertir en un momento el Anfiteatro en lago; pero en lago donde puedan verificarse juegos navales, batallas verdaderas: un inmenso navío dejará un día entreabrir sus tablas, y de su buque saldrán animales de toda especie, que llenen de súbito la vastedad de aquel mar improvisado. La mitología griega y romana no conservaban más clara idea de la historia del diluvio y de la historia del arca. Otras veces el suelo de la arena se romperá de repente; y brotarán aquí y allí árboles con manzanas de oro, como los del jardín de las Hespérides; y aparecerán multitud

de animales poblando, sin saber de dónde ni cómo, la floresta encantada: las plantas y los arbustos y los árboles se moverán, ya en marcha regular, ya en desorden y tropel, á imitación de los que Orfeo arrastraba con los encantos de su lira, y para que nada falte á la verdad de la representación, el Orfeo de la lira será devorado por un oso: comparad ahora la grandeza de esta magia teatral con la pobreza de nuestra maquinaria escénica: que digan los profesores de mecánica si la ciencia conoce hoy el secreto de semejantes espectáculos.

Á medida que tocan á su fin los preparativos de la fiesta, crece el rumor, como crecen las olas de la marea que sube, en las cercanías del Anfiteatro: la multitud se acerca por todas direcciones; los grupos, ántes dispersos, se aproximan y confunden, formando ya un apretado círculo que rodea, como una muralla viva, la parte exterior del recinto, cuasi solitario todavía y cuasi mudo. De todas las colinas bajan centenares y millares de personas; que todas las colinas confluyen al gran valle abierto para los placeres de Roma: como torrentes penetran en el edificio por los arcos inferiores; se desparraman á derecha y á izquierda por el pórtico; ganan las escaleras en apiñada muchedumbre: parece que no se mueve aquella gran masa de carne humana, y sin embargo avanza: la marea sigue subiendo: en cada piso la gran masa se deshace y llena el pórtico ó galería correspondiente: pero una gran parte sube aún por la pendiente de aquella roca artificial, y, haciendo irrupción por los arcos interiores, bien pronto, sobre aquel inmenso plano inclinado de granito, las ochenta puertas ó bocas, cual otras tantas esclusas que contenían las aguas, arrojan torrentes de espectadores por todos los lados del Coliseo.

El recinto destinado á los espectadores comprende dos regiones; las graderías de piedra y los pórticos. Las graderías están divididas en tres zonas; la primera, llamada *orchestra*, corresponde á los grandes personajes, á los principales magistrados y senadores: en la segunda (*equestría*) se coloca el orden de caballeros: la tercera (*popularia*) recibe al pueblo romano propiamente dicho, la *bourgeoisie* de los tiempos modernos, toda vez que en esta denominación de pueblo romano

no se comprenden los proletarios ni los mendigos, ni mucho ménos los esclavos: quien quiera estudiar las jerarquías sociales de Roma tiene que acudir al Coliseo, último trono de la ciudad reina del mundo.

En la parte más privilegiada de la primera zona hay una especie de plataforma de mármol, que se dice el *podium imperial*, un gran palco, en cuyo centro se ve la silla del soberano, bajo un templete ó baldaquino; á su izquierda está el tribunal del pretor, al otro lado el banco de las vestales, presididas por la vestal máxima; no léjos el banco de los hermanos Arvales, el colegio de sacerdotes fundado por Rómulo. La religión forma parte principal de la que pudiéramos llamar córte del Emperador.

Los altos funcionarios del Estado, los personajes consulares, se sientan en sillas curules, adornadas de esculturas de marfil y oro: aquellas otras sillas, que permanecen vacías, representan á ilustres ausentes en servicio del imperio, propretores, procónsules, legados, gobernadores de las provincias. Bajo el *podium*, y en toda la gran cintura de la arena, hay un canal (*Euripe*) lleno de agua, destinado á proteger de las fieras el recinto de los espectadores: una gran red dorada, llena de dientes de elefante, que parecen rejas de arado, sirve como de segunda barrera ó contrafuerte.

Las gradas de los caballeros eran en un principio catorce: despues, como acontece en todas las sociedades que decaen, á medida que la nobleza del alma se debilita, la nobleza oficial crece; y el número de los caballeros en Roma fué tan excesivo, que llegó á ocupar casi todos los asientos de mármol del Anfiteatro. En la tercera zona, destinada al pueblo, habia tambien sus distinciones; los militares estaban separados de los civiles; los casados llenaban una ala enfrente de los solteros: los jóvenes menores de diez y siete años, los de la toga *pretexta*, con sus pedagogos, ocupan un compartimento especial. Augusto habia dictado todas estas reglas de pública urbanidad.

Sobre la tercera serie ó precincion de las graderías de mármol corre todo al rededor del edificio el pórtico alto, el *podium* de la plebe, el *paráiso* de los teatros modernos. Allí se

apiña todo lo menudo de la plebe romana. ¡Honor inmortal á la galantería del pueblo rey! Allí tienen tambien su asiento las mujeres: unas filas de sillas de madera les están reservadas; Augusto les permite venir al espectáculo hasta la hora quinta: en los huecos, que dejan las sillas de las mujeres, se acurrucan los pobres con su pénula parda, y en el parapeto de este gran palco se colocan los músicos, que animan con sus mil instrumentos el ardor de los que luchan y la ovacion de los que vencen: más arriba, sobre la cubierta misma del pórtico, como millares de estatuas vivas, última corona del Coliseo, se mueven los marineros y los operarios del toldo, y revuelta con ellos una parte de la plebe, que no ha podido colocarse en su galería respectiva. Emperador, séquito imperial, senadores, caballeros, pueblo, plebe, mendigos y mujeres; total cien mil romanos, vestidos de gala, rindiendo culto á la misma idea, ocupados en el mismo pensamiento: un decrepito que goza como puede: el mundo antiguo, que se despide de la vida entre aplausos y emociones y delirios.

Fijad un momento la mirada en aquel cuadro singular. ¡Qué trajes extranjeros son aquellos de primera fila, junto á los senadores! Son los enviados de los armenios y de los parthos, hijos del Asia, que se encuentran acaso por vez primera con los germanos de blanca tez y cabellera rubia. Pocas gradas más arriba se ven un sábeo y un árabe, y un habitante del alto Egipto, que bebe las aguas del Nilo en las Cataratas: aquel otro tipo sombrío y fiero es el sármata, que aplaca su sed con sangre de caballos: allí están el ciliciano, que lleva en las facciones la tristeza de su clima nebuloso; y el etiope de los cabellos rizados; y el sicambro, que los lleva recogidos y encañados en forma de cuernos: todos los pueblos tienen allí sus representantes; todas las lenguas se hablan en aquel recinto: la mole elíptica del Anfiteatro es la verdadera imagen y compendio de la mole elíptica del universo. ¿Qué significa la repentina salva de aplausos, que estalla en todo el recinto? Es que acaba de presentarse en su asiento un senador simpático al pueblo, un edil, que ha dado ó va á dar juegos suntuosos. ¿Se levanta una tempestad de silbidos y de gritos y de maldicio-

nes? Es que entra un ex-pretor, que se ha enriquecido por el cohecho, un procónsul, que ha saqueado una provincia. ¡Triste postrer refugio de la majestad de la opinion pública! El Anfiteatro es el heredero de las licencias del Foro; la soberanía del pueblo se ha albergado en este último asilo, donde, á lo ménos, le queda la libertad de los gritos y de los insultos. Del seno de esta asamblea, contenida y encerrada en círculos de piedra, que se agita en el reposo, inmóvil á la vez y ondulante, se levanta un ruido, que parece al ruido profundo del mar: es el estertor de una agonía solemne; la agonía de un imperio y de una civilizacion.

Prosigamos: todo está preparado y en regla: los músicos ocupan su puesto en el gran balcon del pórtico superior: las vestales, traídas en litera, componen su blanca estola en el asiento privilegiado que les corresponde: alguno que otro rugido, que se percibe por la parte del fondo, indica la impaciencia de las fieras encerradas. De pronto todas las miradas se fijan en el magnífico pasadizo, que corresponde al arco sin número; es la comitiva imperial. El Emperador se dirige hácia su asiento; la multitud se levanta como una sombra en la montaña y prorumpe en aplausos: los lictores bajan las haces; los senadores y las vestales se inclinan; las aclamaciones del pueblo ensordecen el espacio: Ventura á tí: tú eres el dueño, tú el primero; felicísimo entre todos, á tí la victoria, tú vencerás perpétuamente. Muchas veces estos gritos de entusiasmo solian preceder pocos dias ó pocas horas á los gritos de la rebelion y del motin, á los horrores del regicidio y á la mutilacion del cadáver de aquel mismo soberano, felicísimo entre todos y perpétuo vencedor. En el Anfiteatro, sin embargo, los cien ecos, que el secreto de la arquitectura ha sabido hacer sonoros, repiten aquellas aclamaciones, que ruedan con majestad por entre los arcos y las galerías del edificio: las fieras en sus subterráneos se espantan de aquel rugido más fuerte que los suyos, más impetuoso que el huracan del desierto. De pronto la tempestad subterránea cesa; la tronada de leones, como dice Ropisco, se suspende: y los cortesanos aduladores dicen que hasta los animales, sobrecogidos de respeto ante la grandeza

imperial, se asocian con su silencio al estrépito clamoroso de la multitud: si los leones siguen rugiendo, es que el himno del desierto saluda tambien al Emperador.

Cuando el Emperador no asiste, el espectáculo es presidido por el pretor, por un magistrado, ó por un amigo del César, que recibe directamente este honorífico encargo. Cuando el Emperador asiste, lleva un cetro de marfil con una águila en la parte superior; un esclavo sostiene sobre su cabeza, pero en el aire, la corona de oro.

El espectáculo va á empezar. No siempre las escenas que ofrece el Coliseo son escenas de sangre y de furor y de muerte. Los romanos, que amaban con preferencia las cazas y las luchas, procuraron la variedad en sus fiestas de anfiteatro, combinando en sus interminables juegos de dias enteros y de semanas lo grotesco y lo trágico, lo jovial y lo espantoso. Ahora sale un elefante funámbulo, que recorre bailando sobre una cuerda, á 15 piés de elevacion, la longitud de la arena; otro elefante en traje de abogado imita la actitud de un hombre que perora: ahora se presenta un leon con uñas doradas y collar de púrpura, sacudiendo su melena deslumbradora de esmeraldas y topacios: una liebre perseguida por perros va á guarecerse en las fauces del rey de las selvas: una águila vuela sobre la arena y bate sus alas delante del palco imperial: un toro se pasea, llevando acostado en sus astas un niño, que se sonríe como si en blanda cuna lo mecieran. Mirad aquella otra puerta del Coliseo: doce elefantes avanzan con la más cómica gravedad: seis machos visten la toga de los caballeros: seis hembras ostentan vestiduras y adornos de mujer: despues de pasear por parejas, con una coquetería y una ternura, en que pudieran tomar leccion muchos matrimonios allí presentes, dirígense al centro, donde se halla dispuesta la mesa de un opíparo convite: los huéspedes de Ceylan se sientan en triclinios recamados, comen con pulcritud, beben en copa de oro, y á lo más se permiten respirar, un poco fuerte, en direccion á las últimas gradas de mármol, improvisando una poética lluvia de flores y de aromas sobre las filas de la aristocracia; otra tanda de elefantes levanta los manteles, despeja la arena, y en

número de hasta doce parejas bailan la pírrica, como si dijéramos hoy, la cracoviana ó los lanceros.

Otra cosa son los animales feroces; á su natural instinto carnívoros agregábase la excitación á que se les sometía: el estudio llegó en este punto á términos que parecen fabulosos: con paños de color blanco irritaban á los jabalíes; con trapos encarnados á los toros: el ruido de los azotes exaspera á los unos; con agujones hechos ascua procuran la rabia de los otros: una bebida especial de hierbas aromáticas emborracha y enloquece á los elefantes: y así cada uno, hombres y animales, se embriaga con la embriaguez de los demás: el ruido temeroso de los leones, de los elefantes asiáticos, de los toros italianos y españoles, de los osos blancos, de los leopardos verdes, unido al ronco murmurio y á la gritería de los espectadores inquietos, son la música salvaje que los anima, como los cantos de guerra conducen á los soldados al combate. Nada más imponente que el aparecer de las fieras: las unas quedan como aturdidas é inmóviles al contacto de la luz, con el cuello tendido, la crin erizada, el lomo encorvado como un arco; otras aguzan los dientes contra el muro; otras se dan á correr y envuélvense pronto en una nube de arena; luego se buscan y se acometen y riñen, y se despedazan, como si se ejercitaran para la lucha de hombres, que ha de seguir, preparándose, como en un convite, á los manjares delicados con otros ménos finos. Cuando una leona, ó una pantera, ha dado señales de un valor y de una fiereza á toda prueba, el pueblo se siente dominado por un doble impulso de admiración y de ternura; es capaz aún de sacrificar los placeres futuros, que aquellas heroínas del desierto le prometían, en aras de la gratitud por el placer que ya le han proporcionado; y no es difícil que pida la libertad para la pantera y la leona: por de pronto les concede los honores del triunfo: y es de ver la especie de majestad vanidosa, con que la fiera pasea lentamente por encima de los cadáveres de sus víctimas, recreándose en el aplauso entusiástico de doscientas mil manos, que la proclaman reina del Coliseo. Hay que convenir en que, para las fieras de los bosques, fué una gran catástrofe la catástrofe del imperio romano.

La arena empapada en sangre despiden un vapor negruzco. No importa; pronto llenará la atmósfera el perfume de un visible rocío. ¿No es nuestro, por ventura, el Oriente? ¿No son tributarias de Roma las tierras todas, donde se crían las flores y los ámbares, y la canela y la acacia y el cinamomo? Hay en todos los pisos del Coliseo, de distancia en distancia, unas especies de hornillos ocultos, en los cuales se hace hervir con vino una gran variedad de rosas y azafrán y aromas delicados: de aquellos hornos parten, como del corazón las arterias, multitud de tubos estrechos y secretos que dan paso al vapor: éste sale por agujeros capilares, que hay en todas partes, y por las bocas de las estatuas, que adornan el recinto: el cuerpo colosal del Anfiteatro está erizado de poros, que le dan una transpiración de perfumes; el gran bebedor de sangre tiene el aliento embalsamado.

¿Queréis ver cómo combaten los hombres con las fieras? Hay gladiadores, que se sirven de sus armas contra los animales: hay simples cazadores, que tienen por todas armas su destreza: unos saben envolver con una especie de paño la cabeza del león: otros engañan el furor de los osos por medio de una máquina móvil, que rula por necesidad cuando el oso se va á abalanzar sobre su adversario. La habilidad de los cazadores es tan maravillosa, los saltos en el aire tan bizarros, sus evoluciones tan rápidas, que materialmente parece vuelan entre los dientes y las uñas de las fieras. Hay, por último, pobres tráfugas, esclavos y condenados á muerte, que no vienen ni á combatir ni á jugar: vienen á morir. Cuando no están atados á pilares, ó cuando el miedo no los petrifica y torna más inmóviles que las ligaduras, lo más que hacen es correr temblorosos á lo largo y á lo ancho de la arena, para retardar el momento terrible con un simulacro de fuga sin esperanza.

Hasta aquí los juegos de la mañana: aquellos á que podían asistir las mujeres: los de la tarde no consisten ya en ver morir: consisten en matarse y en matar. La página de los gladiadores es la página más negra, con tener muchas muy negras la historia de la sociedad romana. Nosotros la leeremos en su día, sentados en las ruinas del circo Máximo, al pié del Aven-

tino. Aquél, más que el anfiteatro Flavio, fué el teatro horrible de las carnicerías humanas, que deshonraron los últimos tiempos del imperio. En el Coliseo reclama nuestra atención otro espectáculo.

La caza, las luchas y los gladiadores: tales fueron antes de Neron y de los Flavios las variedades de los juegos que entretenían la augusta ociosidad del pueblo rey. Pero una nueva raza ha aparecido: raza extraña, misteriosa, que parece destinada á proporcionar nuevos placeres y desconocidas emociones: son unos hombres, que no tienen armas para defenderse, ni destreza para pelear, ni miedo para morir. Después de las maniobras intrépidas de los gladiadores armados, después de la habilidad estupenda de los cazadores ágiles, después del terror y del espanto y de la palidez conmovedora de los expuestos á las fieras, surge una novedad extraordinaria: preséntanse en la arena hombres impertérritos, con la frente serena y los ojos levantados al cielo, como si allá al otro lado de la bóveda azul, más bella que el velario del Coliseo, asistieran á un espectáculo invisible; hombres que osan interrumpir el goce de la multitud dirigiendo discursos al pueblo, al pueblo que se divierte, como si estuvieran en pleno Foro; hombres que responden con plegarias y con cánticos al rugir de los leones y á los insultos de las masas. ¿Quiénes son? Pertenecen á una secta detestable, que ha vomitado la impura Judea; son los altivos despreciadores de los dioses y de las leyes, los enemigos del Júpiter celeste, que mora en el Capitolio, y del Júpiter imperial, que mora en el Palatino. De pronto corre el rumor por todas las gradas del Anfiteatro, de que un jefe de aquellos hombres ha sido traído del fondo de la Siria por orden del Emperador, para sufrir el suplicio merecido: y resuena en el espacio, como el bramido de la tempestad, el grito de *Cristiano á los leones*: entonces apareció en la escena un hombre de cabellos blancos, cubierto de pobres vestiduras, con el hábito de los apóstoles. El pretor lo induce á la confesión de los ídolos, y el anciano ratifica una y otra vez su fe cristiana: «Desprecio, dice, tus tormentos: me da compasión tu gloria.»

Las *Actas de los mártires* dan noticia de aquel horrible es-

pectáculo el día 20 de Diciembre del año 107. San Ignacio, obispo de Antiochía, santifica el Coliseo en los días del emperador Trajano. Desde entonces, siempre en las varias épocas de más cruda é implacable persecución á los cristianos, en los días tristes de Decio y de Claudio y de Diocleciano, su sangre inocente enrojeció la arena del Anfiteatro: como la lluvia aplaca las tempestades del mar, así las lágrimas y la sangre de los cristianos, cayendo en lluvia benéfica sobre aquella tierra, en cuyas entrañas rugieron todas las tempestades del paganismo, ha purificado el Coliseo, que es emblema de Roma, y á Roma, que es emblema de la humanidad.

Las sombras de la noche avanzan sobre el Anfiteatro, y no siempre la fiesta se continúa á la luz de las antorchas: algún reposo hay que dar al pueblo, después de todo un día, quizá de varios días, de espectáculo y de fieras y de gladiadores y de sangre y de matanza: la multitud, apenas terminadas la gran caza final y la rifa de preciosos objetos, con que el dueño imperial suele despedir á su rebaño, desaloja las anchas gradarías, y la enorme masa humana va hundiéndose poco á poco por las ochenta puertas, que pronto devuelven al valle y á las colinas los torrentes que las colinas y el valle les enviaron. A poco la obscuridad y el silencio reinan sobre aquella atmósfera, amasada con el aliento de cien mil personas y el humo de la sangre y la emanación de los perfumes y los vapores sombríos de la muerte. El aspecto del Anfiteatro después de un gran espectáculo debía ser horrible: sin embargo, ¿quién diría que después del espectáculo hay algo que admirar y que bendecir en los ámbitos calientes del Coliseo? De los últimos asientos de la plebe, de junto á los pilares y las columnas y las estatuas, se destacan como sombras fantásticas, seres de forma humana, que en el silencio de la noche se deslizan, sin hablarse palabra, en dirección á la arena: son otros héroes, que no figuraban en los programas de las fiestas imperiales: sus nombres, sin embargo, vivirán más que el de los cónsules y los magistrados, que rodeaban el trono de los Césares. Viven entre las tinieblas de las Catacumbas y vienen á las tinieblas del Anfiteatro á buscar los despojos de las fieras. La sangre y los hue-